

Su sonrisa es grieta de vasija herida

Pablo Antonio Ponce

Ella abre sus brazos lloviendo su lluvia desde las axilas, sus arrugas crujientes llenas de otoño y tierra colorada, polvorientas sus cejas tupidas, abundantes y cóncavas como aleros pictografiados en montañas rocosas y lejanas.

Agita sus polleras hechas de hojas enormes y espinas ponzoñosas, de pétalos suaves como acuarelas, de marañas de paja brava y lanas deshilachadas pero sólidamente entramadas, cargadas de innumerables colores de tintes naturales. Su sonrisa es grieta de vasija herida, de cántaro de cerámica alcanzado por un piedrazo y en ese hueco oscuro y fresco se adivina un cuerpo funerario, una voz

ancestral y ventosa, un olor a mantillo humedecido. En esa fría oscuridad se alcanzan a ver moribundas luces de estrellas, las más lejanas.

Desde esa sonrisa grieta oscura boca abierta parece estar por salir un escupitajo de estrella fugaz en cualquier momento, un acullico verde oscuro y masticadas ya las hojitas sagradas, un grito que empezó antes que se abriera esa cavidad, un grito que continuará cuando la vasija de barro cocido ya sea polvo en el territorio olvidado.

Porque Ella es más que barro y más que estrellas, es más que la vegetación de sus piernas, más que los acantilados de sus muslos, es más que el remolino de lava incandescente de su sexo, más que la inundación torrencial de sus lágrimas arrasando los barrios mal diseñados, desarmando la ilusión del progreso.

Es además el terremoto demoledor de su alegría, el tronar y el centelleo de sus pensamientos abarcando el tiempo y la bóveda del cosmos, es el galope innumerable y huracanado de sus danzas, es la reunión de los seres que han despertado y se han descubierto insatisfechos de la pulcritud de las estructuras milenariamente establecidas, necesitados del agua verdosa de los estanques, del barro viscoso en que salta una rana, del riesgo en ese sendero que cruza la zona de garras, colmillos, excrementos y perfumes de flores sin nombre.

El ámbito de ella, de sus cuevas y laberintos que resuenan con la piel humana, con los pelambres salvajes, con la paz del silencioso atardecer de cielo rojizo y pájaros que regresan, que vuelven de lejos para encontrarse y descansar hasta que el Centro encendido de fuego surja de su vientre una vez más y con voz de amanecer llame haciendo sonar un enorme caracol, de una vez, a participar en la batalla del fin del mundo. O al menos al fin del mundo como lo conocemos, del mundo que se construyó en la pretensión de marginar a las periferias de lo sucio y desagradable, del pobrerío y el pobre río, del antiguo olvido, de lo que quedó sin alambrear, por fuera de la razón lógica, el fin del mundo que la marginó a los territorios invisibles al poder.

De la nada viene, habiendo sido tenida por nada. Con todo viene, pues es la madre de todo. Con los nadies viene, pues nadie se acuerda de ella. Con la muerte viene, pues la muerte le ofrece su cosecha. Con la vida viene, pues la vida cicla sus procesos en su sangre.

Viene sonriendo. Su sonrisa es grieta de vasija herida...